

EL MUNDO

# FRANCO: ¡ATRÁS, CONCIENCIA!



El Caudillo: ¿Por la gracia de quién?

En su tienda de campaña el hombrecito contrahecho había soñado toda la noche con esos rostros, esas voces, esas sangres que pacientemente mandó derramar. Eran sus parientes. Candidatos con más posibilidades que él para sentarse en el trono de Inglaterra. Al amanecer, mientras montaba la cabalgadura sobre la que conduciría su última batalla, Shakespeare le hizo decir: "¡Atrás, conciencia; sé el de siempre, Ricardo!" Al rato, desmontado a lanzazos por súbditos de la casa Lancaster, que, esa tarde primaveral de 1485, en las praderas de Bosworth, acabaron con el poder de los York, el Ricardo III del gran trágico gritó aquel desesperado ofrecimiento: "¡mi reino por un caballo!"

Por primera vez desde la derrota del nazismo alemán, Franco y su régimen están acorralados. No a punto de caer. Suponerlo sería pecar de iluso optimismo. Pero nunca como ahora el viejo flácido caudillo gallego habría deseado desembarazarse de un poder que, casi increíblemente, aún ejerce. Es que el tiempo no juega a su favor. En 1963

necesitó apenas cuarenta y ocho horas para decretar el asesinato de Julián Grimau; en 1970, cinco días de Corte Marcial, más de una semana de malabarismo político, no alcanzaron para decidir la suerte de 16 vascos.

Pero nada más erróneo que imaginar, a partir de tales dilaciones, una suerte de examen de conciencia oficial. El Gobierno español se preocupa tanto de ese tipo de problemas como en la época de los baños de sangre con que se ahogaron los coletazos de resistencia intentados por los vencidos republicanos; dicho de otro modo, los ignora.

Sucede, sí, que, también por primera vez en la historia del régimen, la presión de la Iglesia, dos de cuyos ministros se encadenan a los otros catorce acusados, fue lo bastante fuerte como para abrir las puertas de los tribunales franquistas: todos los juicios anteriores fueron a puertas cerradas.

Sin embargo, el clero español —una parte de él— no sólo aspira a una módica liberalización de la atmósfera política: plantea la necesidad de apartar-

se del poder que hasta ahora apuntaló, junto al Opus Dei y las Fuerzas Armadas. Es muy claro para algún sector del obispado que esas tres columnas románicas (con perdón de los arquitectos del Colosseo o de las Termas de Caracalla) que desde hace años sostienen al *Caudillo de España, por la gracia de Dios* —la anacrónica fantochada orna cada moneda ibérica—, muestran ya algo más que la pátina del tiempo. Están viejas, agusanadas, andan mostrando impudicias que ni siquiera podrán pretender al prestigio que suelen dar los grandes volúmenes.

Una Corte Suprema de Justicia que rechaza el pedido de juicio civil, es decir, que otorga competencia jurídica al tribunal militar un día después de cerrado el proceso ante la Corte Marcial; una congregación secular y secreta —el Opus Dei— que no acaba de optar: europeización de España, a riesgo de perder las riendas del mando, o *unidad nacional* en connivencia con los sectores de la Falange aún activos; un Ejército temeroso de las iras del mismo pueblo al que prometió paz vitalicia, y una Iglesia que casi confundió al Palacio Pardo con la basilica de San Pedro son —no podía ser de otro modo— el flaco soporte de este generalísimo que tanto trabajo da a los técnicos de televisión cada vez que decide mostrarse: a dos por tres hay que interrumpir la grabación porque el Caudillo deja rodar gerónicas lagrimitas.

También le sucede a veces no saber con mucha precisión de qué se trata. El 2 de octubre, en medio del banquete oficial ofrecido en su homenaje, Richard Nixon se volvió hacia uno de sus consejeros para susurrarle una inquietud que estaba arruinándole el buen vino riojano: "¿Sabrá, por lo menos, que estoy acá?"

Lo haya sabido o no, esa somnolencia no es nueva en Franco. Sus Ministros ya la conocen. Sin embargo,



¡Heil Franco! El porvenir del recuerdo.

con la misma parquedad con que fusiló a un millón de compatriotas, el general de 78 años interrumpe de pronto la discusión y dicta la ley. El hombre está encantado con ese rol de árbitro adormilado que él mismo esbozó con trazos netos para su personaje.

No obstante, las dos últimas reuniones de Gabinete fueron más difíciles. La del viernes cuatro coincidió con el día de su aniversario; también con la apertura del juicio de Burgos, la ciudad vasca donde Francisco Franco Bahamonde asentó su Gobierno antes de aparecer victorioso en la castellana Madrid. Eso fue el 28 de marzo de 1939. Eso fue el fin de la Segunda República, presidida, entre 1931 y 1936 por el demócrata laico Niceto Alcalá Zamora, al que sucedió, como hombre

go de regente vitalicio del reino con derecho a designar su sucesor.

Desde entonces su táctica no ha variado, es sencilla, nadie le puede negar siniestra eficacia. Se trata, apenas, de una estrategia que pivotea alrededor de un par de premisas: violencia *ejemplar* y aislamiento de la oposición por vía de golpes precisos que ayudan a galvanizar a los adeptos e intimidar a la masa de indiferentes.

El primer punto de apoyo, aquel que usó sin mirar para el costado, todavía rinde dividendos: la generación vencida en el '39, es decir, el sector que sobrevivió al paredón, no olvida y —aunque no guste— teme. Los nacidos después de la guerra, los que no conocieron ni la *División Azul* ni los aviones alemanes, ni el furor republi-

francesa de convertir a la península en uno de los pilares de su *política mediterránea* y, por supuesto, cada funcionario engorda de gozo ante los reporteros gráficos cuando se trata de documentar para la opinión pública la firma de algún acuerdo comercial o diplomático con los países del Este.

Por supuesto, son estas armas de doble filo: salvo el franquismo, nadie quiere más fusilamientos en España y, como todo el mundo sabe, las presiones más rendidoras son aquellas que contienen como subtexto la palabra divisas.

El precio de los seis vascos va inflándose en razón directa al transcurso del tiempo, al punto de imponer ciertas rectificaciones. No todo el franquismo está dispuesto a refrendar una



Goya: Los recuerdos del porvenir.



Madrid: A unas cuadras del Prado.

del triunfante Frente Popular, Manuel Azaña, quien asumió el poder en febrero del 36. El 17 de julio —a escasos cinco meses— se alzó la guarnición de Marruecos. Al frente de las tropas sublevadas estaba el general Franco; detrás, el *Medievo resucitado*.

En los ocho años previos a 1947 puso orden. El 1º de abril hizo la ley. Constituyó al país en reino. Se reservó para sí los cargos de Caudillo y jefe del Estado. Entre otras cosas, nombra a los Ministros del gobierno central, a los Gobernadores de las 50 provincias, a los miembros de las diputaciones provinciales, alcaldes y regidores de los 9.254 municipios, a los integrantes de la Corte Suprema de Justicia, de las 15 audiencias territoriales, de las 50 audiencias provinciales, de los 554 juzgados de primera instancia y de los 9.053 juzgados municipales. La misma ley de 1947 concedió a Franco el ran-

cano, quizá creyeron que Grimau sería el último fusilado, pero Franco sabe que si para los padres dio resultado, el paredón no tendrá para los hijos menor capacidad de freno.

La segunda apoyatura de esa táctica de *almacenero* se vincula, obviamente, con la anterior, aunque requiere un poco más de talento. No hay por qué ser un Maquiavelo, pero por lo menos es necesario saber sacar cartas de la manga, viejo truco que siempre cosecha aplausos infantiles en vetustos teatros de provincia. Nunca viene mal, por ejemplo, una manifestación de brazos alzados. Sin embargo, nada mejor para arrinconar al liberalismo que publicitar el auspicio de Estados Unidos al franquismo —usa acaba de renovar los acuerdos de cooperación militar—, o el beneplácito con que el Mercado Común Europeo ve la apertura de España hacia sus vecinos, o la decisión

sentencia que podría arrastrar hacia la fosa común a más de seis militantes de ETA. En el escalón superior del tobogán ya se desesperan las musas del Caudillo; las razones que pretende legar a su heredero arriesgan un brusco descenso por el patinoso plano inclinado que no sólo los vascos embadurnaron. Cuatro años atrás, al explicitar los fundamentos de la legislación que lo sobreviva, el viejo gallego dijo que deberán tener prioridad los resortes que catapulten hacia la estratosfera a las cuatro brujas mayores: la confusión, la crítica negativa, el extremismo, la discordia.

Y ahora resulta que la justicia no encuentra una sola prueba contra los acusados y al mismo tiempo los condena, sin siquiera escuchar a la defensa; que se sepa, eso se puede llamar confusión. La *crítica negativa* acaba de ejercerla, por ejemplo, el jefe del Esta-

do Mayor, teniente general Díaz Alegria: poco antes del comienzo del juicio explicó a los abogados del foro de Burgos que, según su criterio, los tribunales militares no debían juzgar ese tipo de delitos: que se sepa, eso se puede llamar discordia. En una de las reuniones del tribunal dos de los acusados informaron que no podían oír por tener los oídos tapados con algodones; no es exagerado, en ese caso, hablar de medidas extremas, y gratuitas, que es lo peor.

Curioso, además, que la organización ETA no sea la única en tener el privilegio de la clandestinidad. En los corrillos madrileños circulan, de mano en mano, copias de la carta enviada por el teniente general García Valino a su par García Rebull, capitán general de la sexta región militar (Burgos). Se considera "obligado" a recordar a su viejo compañero de armas "las preocupaciones nacionales que origina la intervención militar" en el *affaire* ETA. "No es prudente —agrega, cauto— servirse del Ejército para juzgar hechos en relación a los cuales todo Estado de derecho posee órganos especialmente creados. El Ejército no debe intervenir en la solución de esas querrelas —supuso— porque de esa forma puede perder el amor de su pueblo." El autor de la reflexión, un oficial de 72 años, es diputado de las Cortes, durante la guerra civil logró prestigiar su nombre, entre 1962 y 1964 fue capitán general de la primera región militar (Madrid), y antes de la independencia marroquí ostentó allí el cargo de comisionado.

Hace siete años, el teniente general se había opuesto a la ejecución de Julián Grimau. Temeroso, quizá, de una presunta amnesia en la cabeza de su colega, aprovechó la misma carta para evocar "hasta qué punto la ejecución de una pena de muerte pudo crear un clima nacional irrespirable y, además, perjudicial para el Ejército. El shock —enfatisa— llegó hasta las guarniciones donde, a último momento, surgieron discusiones muy desagradables acerca del cuerpo militar que debía ejecutar la sentencia. Esta sentencia era considerada 'muy impopular', según la frase textual de un teniente general cuyo nombre creo innecesario recordar".

El tiempo, ese "advenir presentante que va siendo sido", como lo quería Heidegger, quizá por irreducible, insistente, inflexible, ha hecho de los vascos sus amigos. Ese pueblo milenarista cuya lengua no reconoce ninguna relación con sus vecinas de Europa, esa nación *a caballo* de dos naciones —1.800.000 vascos del *sur* (Espa-

ña) y 200.000 del *norte* (Francia)— conoció a fines del siglo pasado un desarrollo industrial muy superior al de las otras regiones ibéricas; fueron también los años de apogeo del movimiento separatista.

Fue en 1890 que Sabín de Arana Gorni fundó el Partido Nacionalista Vasco (PNV), cuya bandera era el estatuto de autonomía. Cimentado en un pasado prestigioso y en las angustias del reino de Navarra, la pretensión separatista chocó durante medio siglo con las negativas del poder central. Luego, las necesidades que acorralaron a la Segunda República durante la guerra civil jugaron a favor de *Euzkadi*; Guernica, sobre todo, alimentó el fuerte sentimiento nacional: se fundó un Gobierno que luego, hasta ahora, funciona en el exilio.

Poco a poco los líderes del PNV fueron suplantados por jóvenes más revolucionarios, menos reformistas, hombres decididos a rechazar las medidas antivascas impuestas por el franquismo: interdicción de las escuelas y textos en la lengua de *Euzkadi*. Después vinieron las grandes huelgas de 1947, gigantescas movilizaciones que adquirieron la categoría de síntoma inequívoco. No obstante, fue necesario esperar 1953 para ver el nacimiento del grupo EKIN, en torno de estudiantes decididos a canalizar las legítimas aspiraciones del pueblo. EKIN fue la madre de ETA (*Euzkadi Ta Azkatasuna*): Patria Vasca y Libertad, nacida en 1959.

Tres años después, la hija maduró. Reunió a su primer congreso para definirse como un "movimiento revolucionario vasco por la liberación nacio-



Pasionaria: La España asesinada.

nal". Sus objetivos: "Independencia y reunificación del territorio vasco, transformación de las estructuras económicas, sociales y culturales, y la creación de un régimen socialista".

Desde entonces, ETA no cesó de radicalizarse, y de fraccionarse —inevitable secuela de todo proceso de profundización—. ETA *Berri* (nuevo), por ejemplo, rechaza la lucha armada y se opone a la tendencia marxista-leninista; conserva, sin embargo, una clara orientación "socialista y revolucionaria", definición aceptada por la mayoría de sus militantes.

Sin duda, la trayectoria es neta. No se diluyó ni siquiera en el lapso que va de enero de 1968 a setiembre de 1969, cuando el país vasco vivió bajo el estado de excepción. En adelante, la efervescencia no hizo sino crecer.

Y nada hace esperar un clima *descendente*. Porque el amorfo proceso de Burgos pone en tela de juicio no sólo al conjunto de las estructuras políticas del Estado español, sino también la forma de encarar el problema del regionalismo en la península ibérica. Hasta ahora, la cuestión ha sido tratada a la española: el Gobierno central decide construir una España, y el que patalea va al paredón.

Sin embargo, las voces que desde el seno del Ejército, el Opus Dei, la Iglesia se han levantado para pedir clemencia son, sin duda, las que representan a los sectores más lúcidos de la nueva burguesía industrial. Estos, conscientes del peligro que implica asimilar los conceptos clase y Estado, aspiran a salvaguardar la única unidad nacional posible: la que se establezca en base a la comunidad de intereses productivos y comerciales. Quienes pongan en peligro al Estado montado sobre esas bases, lo mejor que pueden hacer es armar sus propios mercados, sus propias reglas de juego. Y eso es, precisamente, lo que quieren hacer los vascos.

En suma, el juicio de Burgos ha servido a la alta burguesía ibérica para estrechar sus alianzas entre sí y las que la unen a la nueva clase dirigente. Si Franco cree que una nación se hace como en las postrimerias de los regímenes feudales —el señor más poderoso dretotaba a sus vecinos, se constituía en rey y establecía la ley y las fronteras—, allá él. La gente del Opus sabe que en la época de las grandes concentraciones de capital, en los años de los grandes *partels*, las fronteras y las lenguas son contingentes, más vale venderle caro a un vecino que aguantar las agresiones de un hermano postergado. Pero, desgraciadamente, la lógica del franquismo se alía mejor con la tozudez que con los eficientes silogismos. ⊕